

de un 'si mismo' como tal 'si mismo' relacionado con el auditorio y el material)".

El último subrayado (nuestro) revela, de por sí, todo un mundo por explorar, y justifica nuestro empeño de colocar a la sociolingüística en una posición central como elemento irradiante y realidad expandente que, en lo inmediato, apunta hacia la sociología de la literatura; que —después— mediante el tránsito por la sociología del teatro - como - literatura, facilita el paso hacia la sociología del teatro como tal, de las artes escénicas que abarcan como el género a la especie el arte teatral, hacia la sociología de los espectáculos y, en último término, hacia la sociología de las artes, en su sentido más amplio, a la que —en México, en años recién pasados, hizo aportaciones importantes el maestro Lucio Mendieta y Núñez, con su *Sociología del Arte*. (Instituto de Investigaciones Sociales. México).

Sentimos —además— gran placer al aplaudir un esfuerzo que, como éste, es realizado por alguien que o es estadounidense o tiene experiencia estadounidense, que labora en favor de un país nuevo y de colectividades humanas empeñadas en salir del tribalismo; que así enrostra tanto a quienes quisieron hacernos creer —en el pasado— que los estadounidenses eran "los únicos verdaderos sabios" y, a la postre, "los únicos verdadero hombres" (*inuit*, a la esquimal), como de quienes —ahora— sistemáticamente, se convierten en sus detractores y se empeñan en mostrárnoslos como "los únicos verdaderos monstruos".

Oscar Uribe-Villegas

F. A. Irele: "The Teaching of Traditional African Literature".

En *The Study of the Ghanaian Languages*. Proceedings of the Conference held at the University of Ghana, Legon (May 5th-8th, 1968). Edited by J. T. Birnie and G. Ansre. Published by the Institute of African Studies. Leghón, 1969.

He leído con gran placer esta comunicación de Abiola Irele, investigador de la literatura africana en el Instituto de Estudios Africanos de la Universidad de Ghana, porque incide con un talento y una hondura que a mí me serían inasequibles, en un punto que frecuentemente se me critica en estas latitudes: el de que, al lado de la castellanización de todos los habitantes de México es indispensable la conservación, el cultivo e incluso la *promoción* de los idiomas indígenas (de México, en un caso; de Ghana en el otro).

Más atrasado México que Ghana, en este respecto, en una serie de entrevistas realizadas por G. Paulín, J. García López, E. Cornejo, y otros a indígenas mexicanos recién castellanizados no se llegó a descubrir entre ellos —por lo menos en forma expresa, como necesidad patente y no latente— una preocupación parecida a reivindicar el derecho al propio idioma y a lograr acceso al idioma oficial.

Más atrasado en esto México que Ghana, es difícil evocar el nombre de algún mexicano indígena que —obtenidos sus grados académicos en universidades de éste o de otros continentes, como es el caso de Irele, africano doctorado en París— se haya atrevido a sugerir siquiera que, al lado de la castellanización de todos los mexicanos con fines instrumentales, de comunicación social y de creación literaria, se buscara el estímulo a las creaciones literarias *originales* en lenguas indígenas.

Es por ello por lo que, en una situación que, sin ser idéntica, es análoga, nos parece como si Irele fuera el representante no sólo de unos africanos auténticamente esclarecidos y entrañados en su realidad cultural sino —también— de unos indoamericanos que, aunque entrañados en su realidad parecen carecer aún o de discernimiento o de voz propios, o de ambas cosas y a quien un mestizo como yo sólo difícil y torpemente podría servir de portavoz.

En Africa también —pero allí las excepciones existen— “el nivel de estimación hacia la literatura tradicional africana es actualmente muy bajo entre los africanos letrados”. Paradójicamente, son sólo las porciones de las sociedades africanas que no han tenido una educación formal las que tienen el *privilegio* —sí, así lo dice Irele y así lo remarcamos nosotros, aunque le duela a quien le duela— de conocerla y estimarla como parte distintiva de las culturas indígenas pues “todo el peso de la educación formal se aplica a reforzar el prestigio de la literatura europea” (en lengua inglesa, en Ghana; francesa, italiana, portuguesa o árabe en otras porciones de Africa, castellana aquí, como si lo que se buscara con la castellanización y la alfabetización fuera, fundamentalmente ampliar el mercado de lectores de quienes escriben en castellano).

Irele casi no responsabiliza y apenas si hace ciertas imputaciones causales (¿o será resultado del *understatement* al que es afecta la lengua en la que escribe?). Señala, así que esa situación depende de que se ignora la literatura tradicional (y, pensamos nosotros, que cuando no se la desconoce sí se la desprecia) y de que no se le concede atención a la necesidad que hay de instruir en la literatura tradicional a quienes asisten a las instituciones oficiales (a no ser

que, de lo que se trate sea que se teme brindar dicho conocimiento y dicha apreciación).

Pero, el diagnóstico de Irele no tiene paliativos: esto crea, en la educación literaria del africano una anomalía que, en última instancia es infecunda, ya que los modelos nativos son sustituidos por los extranjeros y esto produce resultados “indiferentes” desde el punto de vista estético, y perjudiciales desde el sociocultural ya que “se olvida así todo el sistema de símbolos y valores que forman la materia de las literaturas tradicionales africanas y que informan los estratos más profundos de los sentimientos y actitudes mentales de los individuos” lo que vale tanto como afirmar que en Africa, en América y en otros continentes se están cometiendo punibles genocidios mentales que no debe extrañar que no se castiguen puesto que quedan impunes los genocidios sin más cometidos en la antigua Indochina.

Estas preocupaciones podrían parecer propias, sobre todo, de los estudios de las literaturas (en plural y no en singular como se empeñan algunos que también hablan de *la* Iglesia, en vez de referirse a las iglesias); pero, las mismas son mucho más cercanas de lo que parecen a lo sociológico puesto que, como este ponente se encarga de recordarnos:

“El hecho de que los valores que más informan la vida de nuestras sociedades tienen su fuente en el marco tradicional de referencia y proporciona el fundamento para el alertamiento y las actitudes colectivas es un hecho sociológico básico del que *tiene que percatarse* continuamente nuestro sistema educativo”.

Irele parte de una base que —en debe y todo, como él (o ella, pues no lo conocemos personalmente) lo cree

es preferible a la falta de base nuestra, donde en el pasado se dio en nuestra Universidad una célebre "querrela de las burlas" en la que el motivo de la disputa consistía en dirimir si convenía más enseñar el hebreo (por aquello de la Biblia) o el otomí, a pesar de haberse dotado una cátedra para este último efecto. En Ghana hay una base, un punto de partida: las lenguas vernáculas se enseñan —no como medio de introducción de una lengua oficial sino, más o menos, como un fin en sí— en las escuelas; pero, como dice el investigador, esa enseñanza en la primaria "debe encontrar su culminación y propósito último en la enseñanza de las formas literarias que han engendrado esas lenguas".

La literatura producida en un idioma determinado alerta —dice Irele— la conciencia del estudiante hacia el idioma que está estudiando, así, *en acción*, y amplía también su campo expresivo al mostrarle los modelos existentes en su propio idioma. Con forme señala, *ad pedem literae*:

"Un discurso político, una exposición filosófica, un debate legal, una conferencia familiar —cualquier uso del idioma que lo saca del curso de las preocupaciones ordinarias, cotidianas, formaliza el idioma e impone sobre él demandas inusitadas, dándole carácter literario... especialmente en el caso de idiomas en que, como en las africanas, predomina la comunicación oral; en las que la distinción entre lo que es y lo que no es 'literatura' es muy tenue".

De este modo, la formación del estudiante en los idiomas indígenas (africanos o indoamericanos) debe buscar, como primer objetivo que él mismo pueda desenvolverse *con naturalidad*, a través del lenguaje en las diversas situaciones de la vida social

(que en parte se desarrollará en el amplio contexto de la sociedad global ghaniana o mexicana; pero que en otra parte, quizás no tan amplia pero tal vez más profunda o entrañable tiene que transcurrir en el contexto más reducido del propio grupo étnico y de la propia comunidad de lengua).

Al lado de éste, hay un segundo objetivo, ya que de acuerdo con el ponente, se ha observado que los estudiantes ghanianos tardan en desarrollar un aprecio por la literatura inglesa y que "en muchos casos no es la de la especie adecuada" (pensamos en alguna entrevistada nuestra que quiso castellanizarse para poder leer "Alarma" y saber "de los señores que se casan con otros señores"). En este sentido, el aprecio por la propia literatura tradicional (oral o escrita pues en Africa "literatura" impone una redefinición) en el idioma propio en vez de obstruir abre la vía para el aprecio de las otras literaturas y, en particular para lo que, en este contexto sociolingüístico es *la otra literatura*.

El ponente comienza por dolerse del daño que, con esto, se les está haciendo a los africanos al contrastar la posición penosa y degradada de algunos de los desenraizados con quienes han conservado sus raíces fuertemente adheridas a la tierra nutricia y primordial:

"Es fácil observar el sentimiento que nuestros mayores ponen en sus palabras, su revelación y su gozo por ciertas formas rotundas o notables de expresarse, en la conversación ordinaria, y el *alto valor* que nuestras culturas dan a la *inventiva* y al uso simbólico del lenguaje, para percatarse de que *la respuesta natural a la literatura la está achatando el uso de las literaturas extranjeras en la educación literaria*".

Aquí, en México, es claro que para los hispanohablantes, la literatura española es tan nuestra como la mexicana (y del resto de Hispanoamérica) en lengua castellana; pero no es menos cierto que para los indohablantes (si hemos de crear un término genérico para quienes desde la cuna usan en nuestro país las lenguas indígenas americanas) esa literatura será extranjera mientras no se logre su castellanización y —como lo sería para nosotros la otomí o la náhuatl— su segunda literatura propia, una vez lograda ésta.

Irele anticipa la objeción que se le podría hacer recurriendo al caso de los africanos que producen literatura en lengua europea (los Léopold Sedar Senghor, etcétera, que escriben en francés, inglés, etcétera) al señalar que “la ‘africanización’ de esas literaturas es más cosa de esperanza que de realidad” y, en todo caso —diríamos nosotros— aún en el caso de éxito, de realización excepcional más que de realización colectiva. Y nos hace pensar que no hemos estado tan desacertados al criticar a quienes vergonzante o desvergonzadamente pugnan por el descuido o por el exterminio de las lenguas indígenas cuando afirma:

“El medio extraño de expresión sigue siendo para todos nuestros escritores una barrera potencial: un factor que debe de enfrentarse conscientemente y con deliberación. La barrera del lenguaje puede haber invalidado a muchos escritores que, insuficientemente letrados en su propia lengua materna, son —al mismo tiempo— incapaces de realizar su propósito imaginativo en una lengua europea”.

La africanización (la indianización) de las literaturas europeas, por otro lado no quedaría descartada sin más pero la misma tendría que ha-

cerse a partir de otras bases como la previa adquisición de los valores literarios *proprios*.

El tercer objetivo de la enseñanza de la literatura en idioma vernáculo sería la de introducir por este medio a los estudiantes al conocimiento de las instituciones sociales y los valores culturales de las sociedades indígenas. Y, si puede seguir siendo discutible la hipótesis de Whorf sobre la relación entre la lengua y la cultura, casi es indiscutible el que una literatura (junto con las otras artes) puede ser la clave de acceso a una sociedad y a una cultura: a una mentalidad. Para el autor:

Las tradiciones orales están repletas de referencias a nuestra historia, a nuestro pasado y a nuestro actual sistema de valores, y a la enseñanza de la literatura tradicional permite un contacto a través de una experiencia del “pensamiento-sentido” de nuestras sociedades, expresada vívidamente”.

A esto agrega algo que nos interesa particularmente como investigadores sociales ya que este aprendizaje de la literatura vernácula tendría la ventaja académica de proporcionar un medio de pesquisa antropológica y sociológica a través de la tradición oral, de una que oímos defender como básica, en Evian, en el Congreso Mundial de Sociología, al eminente sociológico de Togo F. Agblemagnon, en tanto un sociólogo europeo se burlaba de la gesticulación con que acompañaba su excelente francés sin pensar que él no ya los paralingüísticos acompañantes del discurso sino ni siquiera los gestos sucedáneos del mismo hubiera podido simular para desenvolverse en una de las comunidades africanas).

En esto Irele ve un peligro que nosotros también hemos creído observar y que parece indispensable subsa-

nar, en Africa como en México. "En antropología en sociología, muchos de los aspectos de nuestra cultura han sido interpretados y siguen siendo interpretados por estudiosos extranjeros, con el riesgo de una falsa representación". Y él no agrega, como nosotros hemos agregado, que lo que se necesita en sociología, para evitar tanto los etnocentrismos como las valoraciones heteronómicas es una complementación de perspectivas que permitan el estudio de lo nuestro por nosotros y por los otros, y el estudio de lo que no es tan próximamente nuestro (pues nada humano nos es ajeno) tanto por los otros como por nosotros.

Al llegar a la sección aplicada de su comunicación, Irele señala: 1) que la literatura tradicional africana es principalmente oral y que oralmente se la debe enseñar; que las actuales secciones de historias folklóricas de la primaria son buenas pero insuficientes, ya que éstas constituyen un género menor que hay que complementar con las narraciones en verso y los poemas de alabanza que podrían introducirse en la secundaria; que hay que poner a los estudiantes en contacto con las representaciones y, en particular con el drama (compuesto, en Africa, de palabras, movimiento, canto y danza en forma integrada) llevando compañías a las escuelas y estudiantes a los festivales aledanos para que presencien las representaciones y oigan la literatura oral en su contexto real; que habría que auxiliarse del radio y de la televisión, y resume su valoración de estas manifestaciones diciendo:

"Somos privilegiados en nuestras sociedades, en cuanto poseemos una literatura cuyo carácter oral sigue siendo predominante: la literatura tradicional sirve para recordar que el lenguaje como habla es la

base última de toda expresión literaria".

Respecto de lo escrito, piensa que a esas obras hay que fijarlas así para que no corran el riesgo de desaparecer; que hay que luchar contra el obstáculo que representa la falta de alfabetización en lenguas indígenas y la falta de tradición escrita; que debería haber una política gubernativa de estímulo a la literatura en idiomas indígenas (aun cuando se reconozca que el patrocinio oficial no es el mejor para desarrollar la creatividad) en cuanto esto podría darle respetabilidad a esas creaciones en lenguas vernáculas.

Reconoce que actualmente se emplean algunos textos que son traducción de obras de otras literaturas en las escuelas secundarias y piensa que las traducciones deben de emprenderse en tres direcciones: 1) la traducción de los clásicos de la literatura europea correspondiente respetuosa de las normas inherentes de las lenguas indígenas, y que sean obras de arte genuino, por derecho propio; 2) la traducción de obras de africanos (indígenas, en nuestro caso) redactadas en la lengua europea (en México, ¿la de un Henestrosa al zapoteco?) a fin de transmitir mejor los valores lingüísticos de esas obras "como ocurre con la de Achebe: *Things fall apart*, en Yoruba, usado en Nigeria Occidental" y 3) traducciones de un idioma indígena a otro para ampliar la visión del estudiante sobre las otras culturas de su continente (Africa) o de su país (Ghana, o México). Finalmente, piensa, también, que en algunas ocasiones, cuando un idioma indígena tiene varios dialectos, sería posible una edición que marcara las variantes dialectales y que, en último término, contribuyera a la consolidación de una lengua normalizada, estandarizada o regularizada.

Muy concretamente, nos parece —quizás ignoremos desarrollos muy recientes que estén apenas en la etapa germinal— Ghana le saca ventaja a México: el Instituto de Estudios Africanos en Ghana ha lanzado un programa de investigación y de publicación de materiales relacionados con las lenguas y literaturas ghanianas que ya está en vías de publicación y se ha lanzado la propuesta para que se estimule el trabajo original en idiomas indígenas mediante la publicación de antologías como la que, para la escritura de creación en lengua inglesa apareció con el título de *Talent for Tomorrow*. ¿Llegaremos a ver, en México que se publique *Talento Indígena Mexicano del Mañana* en que se agrupen obras de creación en zapoteca, en maya, en náhuatl, en otomí, etcétera? Esperemos... esperemos que no se prolongue, por los siglos de los siglos, la querrela de las burlas.

Oscar Uribe-Villegas

José Neves Henriques: "*Correcto e Incorrecto*". En Consultas e Esclarecimientos. *A Bem da Língua Portuguesa*. Número 4. Lisboa. Julho-Agosto, 1974.

Algunos contactos recientes con los productos de la actividad académica portuguesa me hacen pensar que los estudiosos de Portugal tienen, cuando se lo proponen, una especial capacidad para aclarar en forma breve y certera, algunos problemas que a expositores de otras latitudes les imponen un tratamiento largo y —en veces— poco acertado. Además de todo —y en particular en este caso— su presentación suele carecer de vanas pretensiones así traten cuestiones arduas de evaluación, de planeación

lingüística e incluso rocen, en otras, los temas propios de la "pragmática de las lenguas naturales".

Nuestra referencia concreta, en este caso, nos la proporciona una nota de poco más de una página impresa, sobre "Correcto e Incorrecto [en el idioma]", publicada por José Neves Henriques en la sección de Consultas e esclarecimientos del boletín que publica la Sociedade de Língua Portuguesa. La nota figura al lado de otras —igualmente breves— sobre "que' conjunção integrante" sobre la "conjunção 'e'" y otras parecidas.

Fundamentalmente, José Neves Henriques emite su parecer con respecto al de "una persona muy conocida en nuestro medio intelectual que afirmó [por televisión] "que no importaba saber cómo se debe decir tal palabra o frase, sino cómo se dice". En efecto, conforme indica Neves Henriques, tal afirmación parece tener una pretensión de validez en cuanto se basa en el hecho de que es el pueblo quien hace la lengua. Neves Henriques —con todo— no se va al otro extremo, para afirmar con los aristocratizantes que son los grupos selectos los que hacen y señorean el idioma, sino que precisa que "cuando se dice 'el pueblo' se quiere decir el pueblo en general y no el pueblo menos culto" con lo cual nos parece que viene a resultar nuevamente útil e incluso indispensable la distinción entre "el pueblo" y "la plebe"; el pueblo que, encuéntrese en el nivel en que se encuentre tiene anhelos meliorativos (no de simple ascenso en las escalas económicas u ocupacionales), y "la plebe" que es el pueblo degradado que prefiere vivir en su abyección (independientemente de que llegue a alcanzar altos niveles ocupacionales y económicos). Esto, desde el lado del énfasis sociológico en sociolingüística.

Desde el otro lado —desde el de la lingüística autonomizada de Saussure